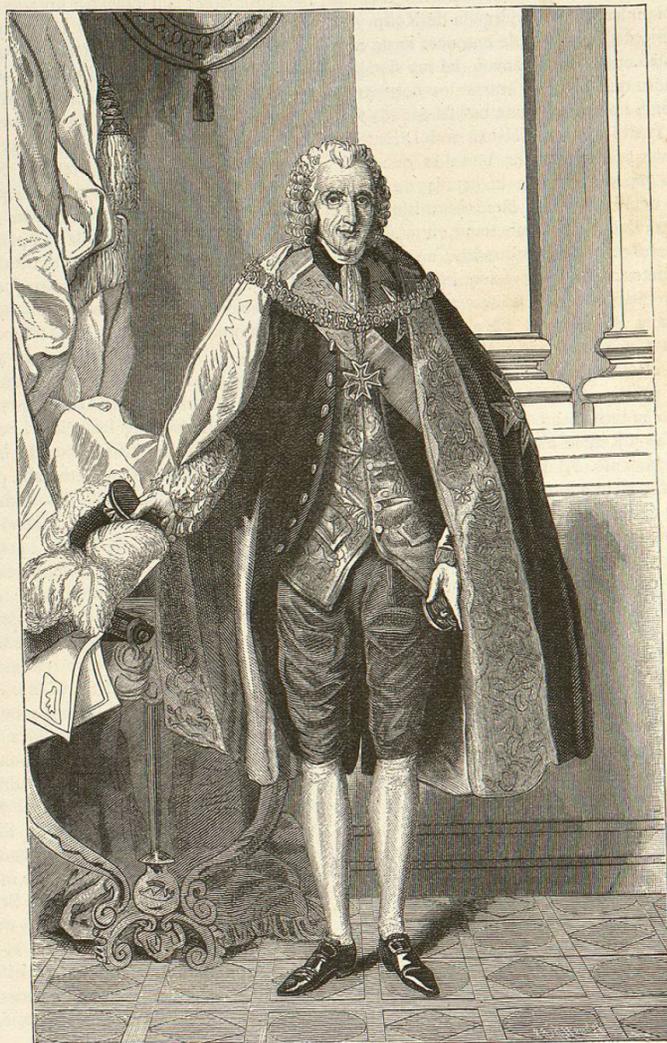


ces, pues que nadie tampoco sabía que el cambio de jefe era cosa decidida seis semanas antes. «Ahí se puede ver, dice Bernis, cómo hemos escarnecido con nuestro proceder en la última guerra la sana razón y el buen juicio de todas las personas inteligentes.»

Si el avance del ejército francés había sido una obra maestra de lentitud, en cambio fué un modelo de rapidez la retirada de su contrario, el duque de Cumberland, el cual

con admirable habilidad sacó á su bien organizado y aguerrido ejército de una y otra posición, muchas de ellas ventajosísimas para aguardar á los franceses y librarles batalla con éxito. Con la misma presteza había evacuado la Selva Teutónica como despues Porta Westfálica y no se detuvo á hacer frente al enemigo hasta llegar á la orilla derecha del Weser cerca de la fortaleza de Hameln. Así, á juzgar por las pruebas que hasta entonces habían dado los capitanes de los dos



Luis Francisco Armando du Plessis, duque de Richelieu.

ejércitos contrarios de su habilidad y pericia, podía preverse con toda probabilidad que su primera batallano sería decidida ni por la superioridad numérica, ni por el valor de las tropas ni por el talento de sus jefes, sino simplemente por la casualidad que favorecería al uno y causaría un disgusto al otro, pero que dejaría igualmente asombrados á los dos. Así sucedió en efecto en la famosa batalla de Hastenbeck que se libró el 26 de julio de 1757.

El duque de Cumberland, con solos 36,000 hombres que

le habían quedado y 30 piezas de artillería, ocupó una posición ventajosísima cerca de la aldea de Hastenbeck. Desde esta aldea hasta el riachuelo Hamel estaba defendida su ala derecha por un dilatado terreno turboso, llamado la Laake y también Tünder-Anger; mientras el extremo del ala izquierda se apoyaba en el cerro del castillo de Ohnsburg ú Ohmsburg que el duque juzgó inaccesible. El centro de su línea, cerca de Hastenbeck, estaba defendido á derecha é izquierda por dos baterías de piezas de grueso calibre. Allí calculó el

duque que tendría efecto el ataque principal; pero se equivocó, pues los franceses atacaron el extremo del ala izquierda donde menos el duque esperaba el encuentro.

El ejército francés con sus 74,000 hombres y 70 piezas de artillería gruesa, era numéricamente superior en mas del doble al de su contrario, y por poca que fuese la pericia de su jefe no le podía faltar una victoria completa. El mariscal francés tuvo desde luego la idea feliz de atacar el ala izquierda del duque con cuatro brigadas enteras, cada una de cuatro batallones, y de encargar el ataque al general Chevert, jefe de brigada y por su audacia y arrojo muy propio para esta operación. Durante la noche del 25 ocuparon las cuatro brigadas la aldea de Vorenberg próxima al cerro del castillo de Ohmsburg, y con el alba subieron al cerro aprovechando un camino muy pendiente, pero transitable hasta para carruajes, del cual no se había cuidado al duque de Cumberland. Atravesaron un monte al parecer impenetrable y llegaron finalmente á la cúspide. Allí fueron recibidos con un fuego mortífero por cuatro compañías de cazadores hanoverianos y un batallón de granaderos hesseses, de tal modo que la vanguardia, compuesta de voluntarios del Hainault, en parte pereció y en parte se dispersó. Pero finalmente aquellos valientes cazadores y granaderos tuvieron que ceder á la superioridad numérica y á la falta de municiones, y hácia las 9 de la mañana era dueño Chevert del castillo.

El duque de Cumberland envió á aquel punto primero al general Hardenberg con tres batallones de granaderos, y despues al general Hodenberg con otros dos; pero ya era tarde; la artillería francesa hacia fuego contra las posiciones que ocupaban los hanoverianos desde el mismo castillo, y desde el lado del arroyo Haste contra la aldea de Hastenbeck que no tardó en arder. Varios carros de municiones á su izquierda volaron y la gente del tren huyó aterrorizada. La brigada francesa de Champagne aprovechó este momento para salir del barranco llamado Wittengrund y ocupar la batería abandonada. En esta terrible lucha se acercó el medio día. A las 11 y media dió el duque la batalla por perdida; haciéndose á cada momento mas violento el fuego de cañón en el extremo de su ala izquierda, creyó que el enemigo le había cercado, pues además, delante de sí veía á punto de atacar su centro, formidables masas de infantería y de caballería; de suerte que ordenó la retirada para no sacrificar todo su ejército. Mientras esta se efectuaba ya en toda la línea, el joven príncipe heredero de Brunswick arrojóse de nuevo sobre la gran batería perdida con un batallón de su guardia de corps y volvió á apoderarse de ella; pero solo por un instante, porque viéndose aislado y abandonado por todos lados, la hubo de dejar otra vez y seguir la retirada. Quizá no haya estado jamás tan cerca la victoria, despues de haber dado un general por perdida una batalla, como en aquella jornada y en aquel momento. El fuego de cañón que el duque de Cumberland había oído á su izquierda creyéndola rodeada, significaba cabalmente todo lo contrario. Era obra de dos comandantes valerosísimos, uno de los cuales había vuelto á recuperar el castillo de Ohmsburg, mientras el otro había acabado de derrotar el ala derecha de los franceses en el momento en que el ejército empezó la retirada. El primero, Maximiliano de Breidenbach, había llegado hácia las diez á Diederssen, y desde allí había subido con tres batallones por el cerro desde el barranco llamado Knibgrund con indecible trabajo y sin ser visto del enemigo. Cuando llegaron á la cresta se echaron los valientes granaderos á la bayoneta y de improviso sobre el enemigo sorprendido. A la primera embestida quedó deshecha la brigada de Eu, que se arrojó sobre la de Navarra, la cual aterrorizada arrastró en su huida á las otras dos por la rápida pendiente

abajo. Allí las cuatro brigadas cayeron como un torrente irresistible sobre la brigada imperial Dombasle, que creyéndose sorprendida por el enemigo hizo fuego sobre las brigadas francesas y huyó luego con ellas. Entonces aprovechó el comandante Dachenhausen la confusión que se introdujo en la llanura y cayó con seis escuadrones de caballería sobre las masas desordenadas, acuchillando y aplastando con los caballos á los que no podían correr bastante para salvarse huyendo.

Resultó de esta derrota del ala derecha de los franceses, unida al rumor de que se acercaba un numeroso ejército prusiano, que el mariscal D'Estrées ordenara también á sus fuerzas la retirada; pero antes de emprenderla, descubrió la del enemigo, y entonces permaneció en el campo de batalla, y esto hizo al mariscal D'Estrées vencedor de Hastenbeck.

Hasta la noche no supo el duque de Cumberland el gran hecho de armas de los dos comandantes; pero este conocimiento y el arrepentimiento habían llegado tarde. Así como antes había evacuado y abandonado al enemigo el territorio del Hesse y la Westfalia, del mismo modo le abandonó los países de Hanover, Bremen y Brunswick, es decir, la línea del Elba, dejando libre á los franceses el camino al corazón de la Prusia. Ya no se detuvo en su retirada ciega y desatentada; pasó el río Aller, llegó despues al Oste, y solo cerca de Bremervörde hizo alto en medio de intransitables turberas y pantanos. Esta nueva posición podía muy bien ser inexpugnable, pero el enemigo ya no necesitaba atacarle; le bastaba con cortar los viveres, por manera que se hallaba al parecer condenado inexorablemente á la triste suerte del ejército sajón en el llano del Lilienstein. Si no sucedió así, no fué debido al mérito del duque, sino efecto de la impericia de su adversario.

Habiendo caído en desgracia en Versalles el mariscal D'Estrées, porque avanzaba con demasiada lentitud y no libraba batallas, le dieron por sucesor al mariscal duque de Richelieu, el cual marchó mas despacio todavía y no libró batalla alguna, ocupándose únicamente en esquilmar el país donde se hallaba, sin consideración á nada ni á nadie, en saquear sus tesoros, en hacer negociaciones que nadie le había encargado y para las cuales no estaba autorizado ni mucho menos. Hizo convenios que su gobierno no quiso ni pudo aprobar, y pasó el resto del tiempo en gastar papel y tinta para quejarse continuamente, aunque con sobrada razón, pero sin ningun resultado, del pésimo espíritu de las tropas y de la falta de orden y de disciplina. También escribió interminables comunicaciones á su gobierno para probar que con semejante ejército ni podían ganarse batallas, ni sitiarse plazas fuertes. A esto se redujo toda su actividad á la cabeza del gran ejército, aumentado todavía con los 40,000 hombres que él había llevado; hasta que se presentó Federico el Grande y destruyó completamente al que mandado por el príncipe de Soubise había dejado Richelieu en el atolladero.

Volvamos ahora atrás y sigamos el órden de los sucesos. Llegó Richelieu al cuartel general el 3 de agosto y se encargó del mando, mientras el duque de Cumberland estaba en plena retirada hácia Verden. La fortaleza de Hanseln se había rendido, la plaza de Minden estaba abandonada, y el ejército francés entusiasmado desde la victoria del 26 de julio. La conducta que debía seguir Richelieu estaba, pues, perfectamente trazada, sin contar que mucho antes de la victoria de Hastenbeck se le había prescrito en Versalles, á saber: á arrojarle con el grueso de sus fuerzas sobre el duque de Cumberland y aniquilar su ejército en una batalla decisiva. En lugar de esto, hizo Richelieu lo contrario; en vez de ir en pos del enemigo, mandó solamente algunas reduci-

das secciones, y se fué con su ejército al Hanover, donde no había enemigo alguno, sino únicamente ciudadanos pacíficos y una regencia mas pacífica todavía. Allí se quedó inmóvil hasta el 22 de agosto, despues de haber hecho ocupar militarmente tres dias antes las ciudades de Brunswick y Wolfenbützel. Para justificar esta actitud inexplicable escribieron él y el conde de Maillebois larguísimas memorias y relaciones; pero en Versalles se dedujo y con razon de todos sus argumentos exactamente lo contrario de lo que él se esforzaba en probar. Aun en el caso de que, segun decia, se acercara desde la Prusia oriental todo un gran ejército para socorrer al duque de Cumberland, y que hubiesen de acudir y desembarcar cerca de Stade 15,000 ingleses, era evidente hasta para las personas legas que convenia mas que nunca perseguir y aniquilar á toda prisa el pequeño ejército del duque antes que llegasen los temidos refuerzos. No comprendiendo esto aquellos dos generales, dieron una prueba muy triste de su completa impericia. Con esta correspondencia se habia malgastado todo el mes de agosto y se estaba ya cerca de mediados de setiembre cuando el abate Bernis recibió un dia una carta del mariscal de Richelieu con la estupenda pregunta de «si creia como él conveniente para la causa comun y los intereses del rey, abandonar los territorios de Bremen y Verden á una parte del ejército enemigo, con tal que la otra parte pasara al otro lado del Elba y se obligara á observar allí la mas rigurosa neutralidad.» Habiale ocurrido esta idea por haberse convencido de la dificultad de tomar el campamento cerca de Stade. Tampoco ocultó que habia escrito algo sobre este punto al presidente Ogier, embajador del rey en la corte de Dinamarca, á fin de que interesara al rey de este país á hacer algo para la realizacion de este plan. «Este paso por lo demás, decia Richelieu, no puede inspirar cuidado ninguno, porque este señor Ogier es hombre prudente é ilustrado y se guardará muy bien de hacer nada que pueda ser contrario á sus instrucciones.»

Bernis contestó al canto que no debía tratarse con los hanoverianos de otra manera que tomando su campamento por asalto y arrojándolos al Elba. El mariscal, decia, debía recordar la manera como habian faltado en 1744 al convenio de neutralidad.

Habia partido ya el correo con esta contestacion cuando Bernis enteró al rey de la carta del mariscal, cuya proposicion estaba muy distante de considerar como cosa seria; pero el rey, muy al contrario, le dijo: «V. ha contestado bien, pero usted no conoce al mariscal; lo que nos anuncia como una mera idea es posible que ya lo haya realizado; mándele V. inmediatamente un segundo correo ordenándole en mi nombre que de ningun modo entre en negociaciones, y que todo lo que haya entablado lo remita á Fontainebleau (donde residia á la sazón la corte).» En este sentido escribió el abate al mariscal en presencia del rey, y despachó con estas órdenes rigurosísimas el segundo correo. ¡Pero cuál seria su asombro cuando al cabo de dos ó tres dias llegó el conde de Duras con el convenio propuesto por el mariscal y firmado por él con el duque de Cumberland en Kloster Zeven! Toda la corte estaba enterada ya, por muchas cartas particulares, que habian llegado antes que el conde mensajero, de la feliz noticia de que el mariscal habia desarmado todo un ejército sin disparar un tiro, y de que la paz podia considerarse como cosa hecha.

Si esto hubiese sido realmente así, conforme decian las cartas, el mariscal habria merecido bien de todos los amigos de la humanidad y de todos los amantes de su patria, aunque hubiese procedido sin órdenes ni autorizacion; pero conforme veremos, nada de esto hizo; y en lugar de desarmar á los hanoverianos, les facilitó el medio de salir de una posicion en donde no tenian antes salida ninguna, salvando

así para los enemigos de la Francia el núcleo de un excelente ejército, que un año despues bajo la direccion de Fernando de Brunswick fué el terror de los franceses tanto como el mismo rey de Prusia lo fué de los austriacos.

El conde Roque de Lynar nos ha dejado en sus escritos políticos (1) publicados en Hamburgo en 1797, todos los documentos de la convencion de Kloster Zeven desde el 29 de agosto hasta el 10 de diciembre de 1757, y con ellos la historia verídica de esta capitulacion, que lo mismo que el convenio ofensivo y defensivo del 1.º de mayo del mismo año es un verdadero monumento de la anarquía y falta de talento que reinaban entonces en Francia en todos los ramos de su administracion. Si muchos sucesos políticos y militares de épocas pasadas han sido un enigma para los contemporáneos y para la posteridad hasta el hallazgo y la publicacion de documentos que los explicaban, y á menudo justificaban, no sucede lo mismo con la direccion militar y diplomática de la Francia en tiempo de la Pompadour; porque tanto la diplomacia como la estrategia guerrera se hacen á cada nuevo descubrimiento mas incomprensibles y crean continuamente nuevos enigmas. Los documentos que se refieren á sus operaciones mas trascendentales, en lugar de revelar una conexión secreta y una lógica interior que no supieron ver los contemporáneos, no hacen mas que aumentar las contradicciones y faltas de buen sentido, de cuya magnitud los coetáneos no podian formar idea siquiera un poco exacta y mucho menos todavía la posteridad.

El rey Federico V de Dinamarca, que habia guardado hasta entonces la mas estricta neutralidad, insensible á todos los ofrecimientos de subsidios de ambas partes beligerantes, no pudo ya mirar con indiferencia el rápido avance de los franceses que se aproximaban á sus territorios alemanes. Era en Alemania soberano de Oldenburgo y de Delmenhorst, y la situacion en que le habian colocado primero los hanoverianos y luego los franceses al penetrar en el ducado de Bremen habia puesto á prueba toda la habilidad diplomática de su eminente ministro conde de Bernstorff. La Dinamarca habia garantido al elector de Hanover por el tratado del 26 de junio de 1715 la posesion de los ducados de Bremen y de Verden, y prometido defenderlos contra cualquier ataque enemigo en caso necesario con 8,000 hombres en el plazo de seis semanas. En otro convenio reciente, es decir, del 11 de julio de 1757, firmado en Copenhague, la Francia habia prometido no ocupar estos territorios en caso de guerra, ni imponerles contribucion alguna, siempre que los hanoverianos observasen la misma conducta. Habiéndose negado la Dinamarca en aquel mismo mes de julio á hacer un tratado de subsidios con Inglaterra, era evidente que habia hecho el citado convenio con Francia con el objeto de evitar el caso de tener que cumplir las condiciones de garantia armada del tratado celebrado con el rey de Inglaterra en su calidad de elector de Hanover; pero el convenio hecho con la Francia no llegó á estar en vigor, porque antes que el rey Luis de Francia tuviera tiempo de ratificarlo, le hizo imposible el duque de Cumberland situándose con su ejército en el mismo centro del ducado que la Dinamarca trataba de neutralizar, es decir, entre Bremervörde y Stade. Con esto habia desligado á los franceses de su compromiso de respetar este país, y puesto á la Dinamarca en el caso ó de acudir á su auxilio con los 8,000 hombres prometidos ó de procurar entre los beligerantes un armisticio, y mejor, si podia ser, determinarlos á hacer la paz, lo cual no ofrecia la menor dificultad de

(1) Documentos que dejó el conde Roque Federico de Lynar. Hamburgo 1797. Actas del convenio de Kloster-Zeven desde el 29 de agosto hasta el 10 de diciembre de 1757.

parte del duque de Cumberland que no tenia otro deseo mas ardiente que salir sin lucha del terreno pantanoso en que se hallaba encerrado. Para negociar en este sentido, ya que no para firmar definitivamente un convenio, tenia tambien poderes amplios de su padre el rey Jorge II. Mas dificultad encontró el proyecto en la corte de Versalles que no queria hacer ningun convenio parcial, tanto que el mariscal Richelieu habia respondido negativamente á la primera solicitud del duque de Cumberland para celebrar con él un armisticio. En vista de esta negativa parecia inútil la mision que aceptó de su gobierno el gobernador dinamarqués en Oldenburgo conde Roque de Lynar cuando partió en 3 de setiembre de su residencia para interponer su mediacion de paz entre los dos cuarteles generales que se habian aproximado ya á unos 20 kilómetros uno de otro.

Desde el cuartel general del duque de Cumberland en Bremervörde escribió Lynar en 5 de setiembre: «El duque se encuentra en un gran atolladero, y su posicion es bajo todos conceptos en extremo critica. Aquí no tiene mas que 19 batallones y toda la caballería hanoveriana con las tropas ligeras; porque el resto acampa al otro lado del Schwinge hácia Stade. Ayer y hoy ha habido escaramuzas entre el cuerpo de Chabod y la vanguardia de duque.» En esta carta confiesa Lynar que no tenia esperanzas de buen éxito en su mision á no ser que el mariscal recibiese instrucciones enteramente nuevas de Viena y Versalles. Al dia siguiente recibió por conducto del conde de Bernstorff noticias de Paris que no permitian esperar semejante cambio; pero el 10 de setiembre habia variado la escena y Lynar pudo escribir desde Bremervörde: «Dios ha bendecido los esfuerzos del rey; el convenio está firmado, y salvado el ejército hanoveriano en el momento en que iba á ser víctima del número superior de los franceses. Acabo de salir del cuartel general francés, y de recibir del señor de Schwichelt la carta de V. E. Me sorprende que el mariscal haya ido tan lejos continuando su gobierno en la disposicion de ánimo en que está; pero al fin lo ha hecho, por supuesto despues de haber yo empleado mucho trabajo para inducirle á ello.»

Para ver cómo procedió Lynar para decidir á Richelieu á firmar un convenio tan en abierta contradicción con las ideas de su corte, consultaremos su relacion. En ella dice que fué recibido la primera vez por el mariscal en Kloster Zeven el dia 6 á las diez y media de la mañana, y le encontró muy irritado por una escaramuza del dia antes en que los cazadores hanoverianos tan temidos de los franceses habian muerto y herido á cuarenta de estos. El mariscal con grande animacion le dijo: «En el gabinete de los príncipes se habla de paz, pero á la cabeza de los ejércitos se hace la guerra. Es ocioso hablar ya de neutralidad, ni siquiera de la que se convino en Copenhague y que no fué aprobada; ni tampoco de armisticio como ya lo ha solicitado una vez el duque de Cumberland. Las órdenes que tengo me prescriben buscar al enemigo y derrotarlo si le encuentro; por esto avanza hoy la primera línea del gran ejército; la segunda seguirá mañana, y pasado mañana me pondré en marcha para librar al enemigo una batalla. Mucho respeto me merece una mediacion tan augusta como la del rey (de Dinamarca), pero ante todo están el interés de mi soberano y el renombre de las armas francesas; y me es imposible apartarme de las órdenes que he recibido. Segun lo que yo sé de las intenciones de la corte de Francia hará primero la paz con Inglaterra que con el Hanover, bien que en realidad ya no hay soberano de este último país. Por lo que toca al regreso de los cuerpos auxiliares (que Lynar le habia ofrecido como condicion previa de la neutralidad), es inútil pactarlo, porque para conseguirlo con la mayor facilidad bastará llevar á sangre y fuego los territorios de aque-

llos soberanos, que tenemos ocupados (Brunswick, Hesse, Gotha y Bückeburg), hasta que ellos llamen á sus contingentes.»

Hemos citado aquí literalmente el discurso del duque de Richelieu, para confirmar por su boca que realmente no estaba autorizado mas que para dar batallas, conforme ya sabemos por las Memorias de Bernis. Si despues de tan enérgico discurso, cedió al cabo de una hora á las razones de Lynar, para ir cediendo mas y mas, era muy natural que este último y el duque de Cumberland creyesen que forzosamente debía tener el mariscal francés para ciertas contingencias poderes muy distintos y aun opuestos á los que él decia tener. Nosotros sin embargo sabemos que esta suposicion era enteramente gratuita. Despues de haber predicado Lynar una hora entera con admirable unción ponderando los beneficios de la paz general, y la impercedera gloria de aquel que generosamente diera el primer paso para llegar á ella, declaró Richelieu, olvidando todo cuanto habia dicho poco antes, que estaba pronto á firmar no solo una tregua sino un armisticio, si con él lograra las mismas ventajas que podia esperar de los progresos de sus armas, es decir, si el ejército aliado despedia los contingentes auxiliares y se retiraba al otro lado del Elba, dejando los ducados de Bremen y Verden á las tropas francesas para cuarteles de invierno, y si tropas danesas ocupasen la plaza de Stade.

Este fué el primer paso en el camino de las concesiones, el cual cambió la situacion del duque de Cumberland en sentido favorable y de un modo inesperado. Grande fué la alegría en el cuartel general de Bremervörde al saber que al mariscal no se le habia ocurrido exigir que el ejército enemigo entregase las armas; de modo que aceptando pronto el convenio podian eludir los hanoverianos y sus aliados la triste y vergonzosa suerte de los sajones. Por esto no puso grandes dificultades el duque de Cumberland; solo presentó objeciones á la exigencia de que tomaran los franceses cuarteles de invierno al Norte de Aller, y nada objetó á la ocupacion de Stade por tropas danesas si no habia otro remedio.

Un dia despues de lo convenido, el 8 de setiembre, regresó Lynar al cuartel general francés, donde encontró en marcha ya todos los batallones de granaderos, con parte de la caballería y artillería, para reforzar la vanguardia. El resto tenia orden de ponerse en movimiento á la mañana siguiente; de modo que parecia inminente la batalla con que habia amenazado el mariscal; pero esta no era mas que una comedia para ejercer presión sobre los enemigos y de ello se convenció Lynar á las primeras palabras de Richelieu que le dijo: «¿Qué tal? V. no volvió ayer; y ya ve que he dado orden de marcha para atacar al enemigo; tanto mas cuanto que acabo de recibir un correo del abate Bernis en que me dice que el rey aprueba completamente que haya rechazado la proposicion de armisticio del duque, y me manda de paso que continúe con vigor mis operaciones.» El conde de Lynar no se dejó engañar por este discursillo pronunciado en tono marcial, y le contestó que no habia podido volver antes, pero que las proposiciones que habia llevado el duque de Cumberland habian sido aceptadas por este, salvo alguna cosa que era irrealizable, pero que podria arreglarse con facilidad. «¿Es verdad eso?» preguntó entonces el mariscal; á lo que Lynar contestó: «Sí, señor, palabra de honor.» Esto bastó para que Richelieu saliera para dar contraorden y suspender la marcha.

Lynar respiró, y apeló á toda su elocuencia y unción para componer una homilía y conquistar el corazón del viejo y vanidoso petimetre. Le pintó la alegría indescriptible que causaria al rey si coadyuvaba por su parte á sus esfuerzos en favor de la paz; la gloria resplandeciente que adquiriria el